



PROBAS de Amanda Labarca, Donoso, Prado, Carre-
ra, Valenzuela Llanos, Ried, Moore, Amado Nerro, El
Hermano Errante y Garrido; VERSOS de Magallanes,
Cruchaga, Juan Egoña y Gabriela Mistral; MUSICA
de Acario Cotapos; GRABADOS de Ried, Doriliac,
Harplignies, Millan y retrato de Verhuoren; CRITICA
de El Licenciado Vidriera, Barrios, etc.

LOS DIEZ

Las «Ediciones de LOS DIEZ» no están destinadas, como pudiera creerse, a contener exclusivamente las obras de aquellos escritores, músicos, arquitectos, pintores etc., que pertenecen al círculo de LOS DIEZ.

Lejos de buscar con ellas protección mutua y otros fines personales, LOS DIEZ desean que esta publicación mensual se convierta en un portavoz completo, serio y digno, de todos los que en Chile se dedican, por imperiosa necesidad de espíritu y con nobleza artística, a producir obras de calidad. Toda colaboración de valor que les sea enviada, obtendrá una entusiasta acogida, y nunca su destino quedará sometido a simpatías o antipatías personales.

Si en la sección de crítica se censura o se aplaude, sólo lo haremos por dar forma a un noble anhelo de purificación artística. Ya es tiempo de dar, con un propósito impersonal y llevados por un espíritu sereno, opiniones conscientes sobre obras que no tienen más acogida o sanción que artículos volanderos, escritos en diarios o periódicos por amigos que alaban sin medida o por enemigos que todo lo despedazan.

En estas Ediciones, irán apareciendo, mensual y alternativamente, números-revistas como el que ahora presentamos, y números dedicados por entero a un solo autor nacional de reconocido mérito. Se preferirán, para estos últimos números, las producciones inéditas más sobresalientes, y sólo en muy pocos y señalados casos se editarán obras ya agotadas, o bien se harán selecciones, cuidadosamente escogidas, de la labor total de aquellos de nuestros escritores más dignos y personales.

Aunque las «Ediciones de LOS DIEZ» salen a luz con el objeto de mostrar, dentro y fuera de nuestro país, las producciones de autores chilenos, creemos necesario advertir que sus páginas están a la disposición de los escritores y artistas sudamericanos y extranjeros. Todos serán acogidos, no por el crédito de las firmas, sino por la bondad de los trabajos que envíen.

PRECIO DE SUSCRIPCION ANUAL:

En el país..... \$ 15.—

En el extranjero..... frs. 20.—

Dirección: Santiago, Morandé 450 - Casilla 2455

Ediciones de "LOS DIEZ"

PRÓXIMO NÚMERO (MARZO DE 1917)

PINTORES CHILENOS

(Cuaderno 1.º)

Contendrá un bosquejo crítico-histórico sobre la pintura en Chile, un estudio sobre la labor artística de *Alberto Valenzuela Llanos* y reproducciones, en color (tricromías) y en negro, de las obras más importantes de este pintor.

AQUELLO...

HALMAR (1)

Para Santiván

Tantos años van corridos desde aquel tiempo que apenas si conservo un recuerdo vago y lejano: éramos tres o cuatro muchachos entusiastas que hacíamos vida literaria a nuestra manera en un liceo de provincia, cuyo nombre ¡ah! no es muy grato a la memoria. Leíamos infatigablemente todo lo que caía ante nuestros ojos: Pérez Galdós y Pérez Escrich; Julio Verne y Palacio Valdés; Víctor Hugo y Núñez de Arce; Zamacois y Gorki. Un día llegó al pueblo un vendedor de libros y mediante una cantidad modesta, entonces a nuestro alcance, adquirimos *Prosas profanas* de Rubén Darío, bonito ejemplar en rústica, impreso en París, y dos o tres libros insulsos del mediocre Eusebio Blasco. ¡Ah, pienso hoy en aquellas horas deliciosas que le robé a las clases de física, de matemáticas, de francés, leyendo a escondidas las estrofas del portalira nicaragüense! ¡Cómo canta en mis oídos el recuerdo armonioso de aquellos versos de *Era un aire suave, Margarita Gauthier, Palimpsesto*; estrofas inolvidables que muchas veces no comprendía y que sin embargo llenaban mi corazón! (2) Aquel libro fué en mi vida un anuncio y un despertar y no me abandonó un instante hasta

(1) ¿Será menester decir, a quienes lo ignoren, que toda la producción de Augusto Thomson, de estos últimos años, aparece firmada con el seudónimo de Halmar?

(2) ¿No ha dicho Remy de Gourmont?: «Encore que l'on ne comprenne pas très bien, mais la poésie est-elle faite pour être comprise?».

que Mariano Latorre lo hizo suyo, con el pretexto de uno de esos fáciles préstamos que él sabía maravillosamente convertir en propiedad.

Así iban las cosas en aquel bendito liceo de provincia, donde sólo aprovechábamos en las clases de inglés, castellano, historia natural y física, regentadas por Jorge Le-Bert, alma buena y generosa, Fidel y José Pinochet, verdaderos profesores entre la serie de caballeros honorables de la ciudad, que dictaban las clases restantes, cuando se acordó la reorganización del establecimiento, después de una algarada que tuvo las proporciones de un motín.

Con Enrique Molina llegaron entonces al liceo Alejandro Venegas, Luis Caviedes, Agustín García, hombres todos de estudio y de acción educativa. Poco tiempo estuvo en el liceo Caviedes, a cargo de la clase de francés; ¡qué hombre era aquel! Jamás me ha impresionado de igual manera una inteligencia tan despierta y tan penetrante; estudiaba, estudiaba sin tregua como el hidalgo, de claro en claro y de turbio en turbio, hasta que, de improviso, un día cualquiera, le vi intimar con un extranjero: de la noche a la mañana preparan un largo viaje y parten luego ambos a Estados Unidos. Le reemplazó en su cátedra Ignacio Herrera, estudiante no titulado aún en el Pedagógico, que había hecho activa vida literaria en los cenáculos de la capital: era amigo muy cercano de Pezoa Véliz, de Fernando Santiván y de Augusto Thomson. Sobre todo de Thomson.

Para nosotros significaba por ese entonces el autor de *Juana Lucero* el más alto prestigio literario chileno, después de Pedro Antonio González: ¡cómo le veneraba yo, de lejos! Con cuidado casi femenino había reunido en un enorme libro en blanco sus estudios, sus cuentos, sus notas de viajes, recogidas de todos los periódicos de ese entonces: de los *Lunes* de *La Tarde* una serie de pequeñas novelas y cuentos sabrosos; de *Instantáneas* y de *Luz y Sombra* apuntes, estudios y notas; de *Pluma y Lápiz* deliciosas novelículas, como aquella historia de Petit Chose; y, más tarde aun, de *Zig-Zag*, tantos poemas en prosa y cuentos como aquel inolvidable *Números*, *Por los campos un entierro*, *Sebastopol*; de *El Mercurio* una serie de crónicas de

viajes que es cuanto de más bello se haya escrito en Chile; *Marinas* y tres o cuatro impresiones del Sur, cuyos nombres se me escapan. Recuerdo dos de ellas que no olvidaré jamás: la sensación de una noche pasada en plena montaña austral, donde trazó Thomson una página maestra; y la evocación de una mañana gris, turbia y llorosa, vivida en un pueblo sureño, mientras se iba a fusilar a un reo de la cárcel.

Con paciencia y cariño había seguido yo el desenvolvimiento literario de Thomson a través de los periódicos como tal vez nadie lo había hecho hasta ese entonces: conocía su obra minuciosamente y admiraba en él al escritor de fuerte personalidad, de gran temperamento. La amistad que me ligó a Ignacio Herrera contribuyó a completar mi conocimiento de aquella fuerte individualidad: a través de sus recuerdos, llenos de curiosas reminiscencias, supe que Thomson vivía acorazado de soberbio orgullo en su torre de artista, desafiando muchas iras vulgares; que Daudet primero, Loti más tarde, e Ibsen después, habían tenido un gran ascendiente sobre su espíritu; que entre la muchachada literaria de ese entonces gozaba de gran predicamento y que más de un trabajo de Santiván, de Maluenda y de Mondaca, denunciaba vivamente su influencia; que era un hombre de orgullo desdeñoso e insolente; que la *pose* en él había llegado a tener el carácter de una costumbre; que en cuanto tocaba a lecturas y gustos literarios pocos conocían como él las literaturas contemporáneas de Europa; que Díaz Garcés era uno de los escasos que había comprendido todo el talento de aquel hombre, franqueándole de par en par las páginas de *Zig-Zag* y de *El Mercurio*, que su novela *Juana Lucero* había levantado en Santiago fieros escozores, y ganándole a Thomson, en vez de una firme reputación, odios africanos... Todo esto y muchas cosas más recogía en la charla cotidiana de Ignacio Herrera.

Un día, con gran sorpresa y visible agrado, me comunicó que Thomson había emprendido una gira a provincias, enviado por *El Mercurio*, y que debía llegar al día siguiente a nuestra ciudad. ¡No olvidaré nunca el delito de aquella única cimarra cometida en mi vida de colegial para concurrir a la estación y

conocer (¿conocer?... mirar, a decir verdad, pues iba yo solo) al autor de *Juana Lucero*! Una tarde entera aguardé inútilmente todos los trenes deseando verle llegar: Thomson no apareció sino hasta algunos días después. Una tarde aguardábamos la hora de las clases en la esquina que forman dos calles de la manzana donde está situado el liceo, cuando me tomó de sorpresa la figura extraña de un transeunte: alto, muy delgado, talle corto y piernas larguísimas; vestón negro y pantalones blancos; corbata flotante y gran chambergo; caminaba lentamente y de toda su persona trascendía un aire de indiferencia y de fatiga. Uno de los muchachos, que estaba en el grupo, exclamó: Ese debe ser poeta... Pasó el desconocido y nadie se acordó más de él. Aquella tarde, en la clase de francés, le conté a Ignacio Herrera lo que había visto y, cual no sería mi sorpresa, cuando él me respondió: Caramba, si ese es Thomson!... Para qué decir que no dejamos hotel ni casa de pensión donde no le buscáramos; todo fué inútil. Thomson no apareció en ninguna parte. Seguramente había aprovechado el tiempo que media entre dos cruces de trenes a fin de conocer la ciudad y nadie había alcanzado a percatarse de su tránsito. ¡Y yo que había perdido un día entero en aguardarle en la estación, apenas si reparé en él cuando apareció ante nuestros ojos en el instante en que esperábamos la hora de clases, en aquella esquina de ese pueblo provinciano!

Ah, para comprender la admiración nuestra de ese entonces por el autor de *La lámpara en el molino*, es preciso figurarse la huella que en nuestro espíritu había dejado la lectura de *Juana Lucero*! Atiborrados de obras un si son no son románticas, de versos cursis y de obligados trozos de escritores clásicos, que no entendíamos o no nos interesaban, la historia de aquella pobre muchacha que nace en humildísimo hogar y a quien la violencia de un desvergonzado y la necesidad de vivir frente a frente ante la miseria convierten en pobre pecadora, después de entregar su corazón todo entero en un amor hondo y sincero, nos había hecho pasar muchas horas en vela, devorando esas páginas vividas, tremantes de emoción y realidad. *María* a los doce años y *Juana Lucero* a los dieciseis, marcaron en la

historia de nuestra formación intelectual dos instantes decisivos: la edad en que se despierta a la tumultuosa vida sentimental y los años en que se vislumbra la primera hora de la realidad. Desde aquel momento Thomson había comenzado a ser para nosotros un ídolo, una de esas simpatías de juventud que no hacen más que agrandarse con los años, a medida que uno se acerca más a ellas...

Un día anunció la prensa de la metrópoli que, a la cabeza de un grupo de artistas, pintores, músicos y escritores, había partido Thomson en viaje al sur del país, a fin de constituir una colonia tolstoyana. Aquel grupo de desterrados del ideal y del ensueño buscaba la soledad de un remoto aislamiento a fin de vivir en plena naturaleza, lejos del confort de la ciudad y del contacto de la civilización: iban a habitar en cabañas rústicas, a llevar una vida primitiva de anacoretas, alimentándose de lo que el libre seno de los bosques y las claras aguas de los ríos pudieran ofrendarles: vivirían cerca del corazón de la montaña virgen y junto al agua de las vertientes, que brotan de la roca como los deseos transparentes de un corazón puro. Raíces y frutos; frescura de la clara linfa; mucha meditación; vida toda simplicidad; contemplación ingenua de la naturaleza; constante tranquilidad mística del espíritu; el corazón copioso, tranquilo como un remanso; tal era el sueño que iban a realizar aquellos neófitos de la más bella religión.

¡Cómo, días más tarde y ya en plena vida tolstoyana, después de las primeras comidas frugales, parcas, en pleno campo y a la hora del crepúsculo, cuando todo se prepara para entrar en las sombras de la noche, solía Augusto Thomson recordar que era llegado el instante de la meditación y, tomando el texto de una Biblia, con gesto solemne de sacerdote y unción sincera de iniciado, salía al campo y, en medio del rojo incendio del sol, leía en voz alta los versículos ante aquellos colonos que, allá en el fondo de sus sentimientos, no podían reprimir un impulso de hilaridad.

Porque Augusto Thomson era en aquella colonia como el hierofante encargado de la más alta misión: mientras Ortíz de Zárate arrastraba un arado en el campo, a falta de jamelgo o

buey, Santiván gobernaba la esteva; y mientras Canut de Bon calentaba el horno que había de cocer y dorar la blanca masa del pan humilde, sólo Halmar bendecía a la naturaleza y leía en las solemnes páginas de la *Biblia* su salutación cotidiana al milagro viviente del campo, del cielo, del agua.

En el hogar del poeta Magallanes, en San Bernardo, sobrevive, sirviendo de arrimo a un postigo, uno de aquellos panes dignos ya de la leyenda tolstoyana de la colonia: más que haber sido aquella una blanda masa, semejava un trozo de piedra de la edad de las cavernas, conservado a manera de geológica curiosidad. Sin embargo, como era el alma de la colonia, Thomson ponía en toda esa ceremonia un respeto casi religioso; la naturaleza desnuda era para él cual un templo; iba a orar ante ella: creía en sus secretos y adoraba en sus maravillas; tal vez hubiera logrado vivir en paz en su seno, pero aislado, porque en el fondo de todas sus bizarrías Thomson ocultaba un franco espíritu contemplativo: era místico por naturaleza, por honda y tal vez ancestral inquietud; era místico aun en medio del vértigo de la vida cotidiana; sus costumbres extravagantes, su amor familiar, el haber tenido hasta los veinte años una vida de pureza casi religiosa, conservándose intacto contra todo carnal deseo; la unción apostólica que ponía hasta en los más livianos menesteres; su falta absoluta de sensualidad; la actitud siempre esfíngica de su persona; todo hablaba en él de un sér concentrado, en cuyo mundo interior la vida era activísima y fecunda, como en uno de aquellos ascetas que los pintores del Renacimiento mostraban en las telas consumidos por el amor de Dios y por la abstinencia.

Thomson era así, pero quienes le acompañaban en la colonia tolstoyana tenían más de hombres que de anacoretas: las inclemencias del tiempo, la falta de alimento regalado, que no toleraban trocar por raíces frescas y frutas silvestres, como en los días del pobrecito de Asís, y las amenazas de cuantos observaban con ojo peligroso a aquellos artistas, a quienes tomaron por locos, fueron suficientes razones para desbaratar los firmes propósitos tolstoyanos de la colonia. Tal vez sólo entonces pensaron que hoy en día todas las tierras tienen dueños, que más de

algún desalmado terrateniente podía arrojarles de mala manera de sus predios y que el mundo ha dado muchas vueltas desde aquellos venturosos días en que se podía decir, como el héroe manchego, esto es tuyo y mío; comprendieron a tiempo que sólo es posible hacer vida tolstoyana en un aislamiento como el del patriarca de «Ana Karenine», teniendo por defensa una renta más que regular, que permita poseer un cercado propio, construir su casa y arar sus tierras, porque son suyas y porque dentro de ellas su dueño es un rey si lo desea y un asceta si lo quiere.

Toda la historia de la colonia tolstoyana prueba demasiado claramente la influencia honda y seria que tuvieron escritores como el solitario de Yasnaia Poliana en Thomson y a la vez el ascendiente enorme del autor de *Juana Lucero* sobre algunos artistas jóvenes de aquellos años. La colonia había sido ideada por Thomson y él arrastró también a quienes le acompañaron; sus cuentos y sus artículos como los libros que leía eran el mejor vehículo para la propagación de sus ideas y sentires. Él y Pérez Kallens habían sido en Santiago quienes más contribuyeron para que se conociesen las obras de Dostoievski, Gorki, Tolstoy e Ibsen. Es preciso recordar el monólogo *Nuestra sombra*, leído por Thomson en el Ateneo; repasar en seguida *El hastío*, de Carlos Mondaca, y *Animae Facies*, de Rafael Maluenda, para advertir al instante que si Thomson no hubiera compuesto aquél no hubieran nacido esas dos producciones que llevan palpitante la huella de Halmar; y es preciso recordar también que todo concurría en el autor de *Juana Lucero* para que esa su influencia fuese cada día más creciente: era un actor, un excelente actor que declamaba sus monólogos con gestos solemnes y rotundos. Recuerdo haberle oído decir *Nuestra sombra* desde la tribuna del Ateneo; antes de comenzar su lectura miraba larga y sostenidamente a su auditorio, como imponiendo silencio; se arreglaba los botones de sus puños; con ademán tranquilo tomaba la garrafa del agua y vertía un poco en el vaso; ensayaba un esfuerzo bucal para provocar un acceso de tos que le permitiera dejar despejada la garganta; luego paseaba una mirada en rededor de la sala y comenzaba

fría, pausada y lentamente, timbrando con lentitud cada vocal, como si en el curso de la lectura descansara en ellas para valorizar detalladamente el sonido de las palabras. Y cuando Thomson leía, un silencio absoluto reinaba en la sala: aunque el auditorio no siguiese muy de cerca el hilo de su pensamiento, sus ademanes y su vocalización admirable retenían la atención del espectador. *Nuestra sombra*, dicho por Thomson, adquiría un carácter de milagrosa sugestión: el actor más hábil no hubiera conseguido jamás un efecto tan patético y solemne. A haberse dedicado al teatro Halmar hubiera cosechado triunfos magníficos. Recuerdo que me refería Ignacio Herrera, en cierta ocasión que, una vez Thomson se había presentado al actor Serrador manifestándole deseos de ingresar a su compañía. Como éste le pidiese una prueba de su competencia, Thomson le declamó con maestría el célebre monólogo de Manelik, de *Tierra Baja*, obra que aun no se había representado en Chile. Pero, un arrepentimiento muy explicable en el amor propio de un artista, le hizo desistir de continuar en sus propósitos cuando el director de la compañía soñaba tal vez con la conquista y la revelación de un futuro grande actor.

Tanto en la actitud como en la mirada de Thomson había algo de hierático y hermético: dotado de un fácil poder hipnótico, que él cultivaba cuando solía mirar, lo hacía con actitud de dominador, como ensayando sobre todas las voluntades su fuerza recóndita. Aun después de su ausencia de Chile siguió cultivando, en su reclusión consular del Perú, su potencia dinámico-psíquica. Ernesto Montenegro me anunció cierta vez que Thomson le comunicaba en una carta su firme resolución de partir en una gira mundial de hipnotismo: hasta tal punto confiaba en sus energías interiores y en su disposición dominadora de la voluntad, que en los últimos años que permaneció en Chile había llegado a tener en él el carácter de un cultivo sostenido. En Thomson este ejercicio constante de la voluntad, no venía a ser más que una forma casi directa de su dilección búddhica por las fuerzas de la naturaleza, que creía ver revelarse en él. El cultivo de su yo, en la gimnasia cotidiana de la meditación, había llegado a transformarse en un verdadero foco de

energía, cuya acción exterior más directa se manifestaba en los fenómenos del ocultismo.

Ya en algunas de sus páginas advertimos el curioso aspecto que toman en sus sentimientos ancestrales las afinidades electivas con sus antepasados: recordad al Halmar de sus cuentos y novelas cortas cuando llega, casi inconscientemente, por una casualidad, al Témpano, allá en Amsterdam, una noche de difuntos, donde encontrará al abuelo errante que en el mundo de sus voliciones tiene el ascendiente de una leyenda; pensad también en Lot, el silencioso, que vive del pasado y que siempre conserva en la mesa familiar el lugar vacío de la madre y que no es más que un muerto que está viviendo el recuerdo de su vida. Ah, es que la visión exterior no es en Thomson más que un reflejo del yo interno: «Yo mismo vago junto a un yo que me conduce y del cual apenas distingo los pasos;—ha escrito en *La lámpara en el molino*—yo respiro para él en la superficie, él sondea lo insondable y yendo al parecer al lado mío, marcha, sin embargo, por el doble fondo de la creación; nos orientan ecos de voces y hay lampos de luz, que irradian los desconocidos silenciarios». Esto podrá parecer extraño, pero no lo es si se estudia minuciosamente el temperamento de Halmar, que sobre ser un observador agudísimo es un autodidacta consumado.

En el arco descrito por la producción de su obra literaria es fácil seguir el desenvolvimiento que le ha traído a su manera definitiva. De influencia en influencia, primero Daudet, más tarde Loti, se nos aparece como descriptivo admirable en sus primeros años: cuentos suyos hay de ese período, como *Coilipo* y *Petit Chose*, que no vacilaríamos en colocar junto a las buenas páginas del autor de *Safo*. La época inmediatamente posterior a ésta, antes de llegar al autor de *Madame Chrisanthème*, está orientada en el sentido de un naturalismo vigoroso. *Después del teatro* es una pequeña obra maestra, y *Juana Lucero*, anterior en algunos años, es preferible a pesar de sus defectos, a muchas de las mejores novelas chilenas contemporáneas, que gozan de boga: hay en ella páginas que no han sido superadas aún en nuestro país y que no creo fácil que lo sean; y, sin embar-

go, cuando Augusto Thomson escribió este libro sólo tenía veinte años: hoy no lo reconoce como hijo predilecto y creo que con gusto le negaría su paternidad realizando con ello la más censurable injusticia.

La lectura de Loti produjo en Thomson un deslumbramiento: durante largo tiempo le imita, poniendo en todas sus páginas la nota exótica de lugares imaginados y de remotas escenas vividas en países distantes y maravillosos. Mas tarde será el recuerdo fortísimo de Andersen que le hace escribir aquel cuento *A rodar tierras*, que es una pura página maestra, digna del mejor escritor y honra de cualquier país; Poe, cuyo *Corazón revelador* nos obliga a pensar en *Nuestra sombra*, donde no es posible olvidar ciertas reminiscencias de *El inocente* de Gabriel D'Annunzio; y, por fin, Tolstoy, Dostoievski, Gorki, Ibsen llegan a su espíritu como una aurora fecunda que le obligará a abrir sus propias alas hasta alejarse a través de las personales regiones de su yo.

Desde ese instante comienza para nosotros el Thomson que poco conocemos, el solitario errante que arribó un día a las orillas del Ganjes sagrado y aprisionó en las páginas de un libro su visión de la India; el sombrío Halmar que arrastró su hastío a través de Europa, siempre solo, siempre encorvado bajo el orbe de su Quimera, hasta llegar a un puerto de quinta clase en el Perú a sumergirse más de un lustro en la soledad lamentable y enorme de los ignorados. Y allí estuvo aguardando su hora, la hora propicia que le reservaba el destino, para liberarse de aquel silencio pavoroso de puerto Eten, dantesco refugio de soledad y de tristeza donde, según le oíamos recordar un día a Halmar, tuvo la paciencia benedictina de ir anotando, con estoica resignación, los miles de días que había de permanecer allí, descontándolos luego uno a uno del calendario, hasta llegar a la hora feliz de su liberación económica, pudiendo huir a un campo verde y florido donde hay árboles perfumados que sostengan el peso de un nido y oídos que escuchen el milagro de una voz nueva.

Ahora Thomson ha partido, una vez más hacia donde le llama la voz de la Sirena: ha huído hacia el viejo París de sus

sueños de juventud, a esa Lutecia que él tanto conocía aún cuando no la había visto nunca.

Mucho ha escrito en sus años de soledad y de recogimiento y de esas horas meditadas han nacido bellos libros e inquietantes versos. ¿Versos?, se preguntará más de algún curioso. Versos; sí; versos de Halmar, y estrofas escritas en francés aunque ¡ah!... pensadas en lengua castellana. Un día, poco antes de partir a Europa, le oímos decir una bonita y alegre *Chanson a Mignon* y este poemita, *Le Train*, que reproducimos íntegro y que dice así:

Passent les jours invalides,
dans leur lente succession,
comme un convoi de fourgons
tous égaux, fermés et vides.

Le défilé somnolent
ne laisse q'un souvenir
de fumée pour s'évanouir
au premier souffle du vent.

Son appel inutile sombre
et en filant ses rouges feux,
ce n'est que des yeux, des yeux,
que reprend avide l'ombre.

Celui qui regarde au loin
se demande fasciné
vers quel endroit ignoré
se traîne tortueux le train.

Il se traîne pour la vie
sur le rails d'acier du sort
et son arrêt c'est la mort
et son terme c'est l'oubli.

Nos dejaba Halmar escritas estas líneas suyas en una página de su libro *Al caer la tarde*, editado en Barcelona hace algunos años y que sólo conocen dos o tres de sus amigos chilenos. En

su portada interior su letra menuda y nerviosa había estampado este recuerdo: «Téngalo, mi estimado Tesorero, como un billete viejo y medio borroso, pero que forma parte de mi caudal».

En la hora actual Augusto Thomson escucha el estampido de las ametralladoras en las trincheras del *frente* anglo-francés.

ARMANDO DONOSO